

Craide

LA VERDAD SOSPECHOSA

EDITORIAL
TOR

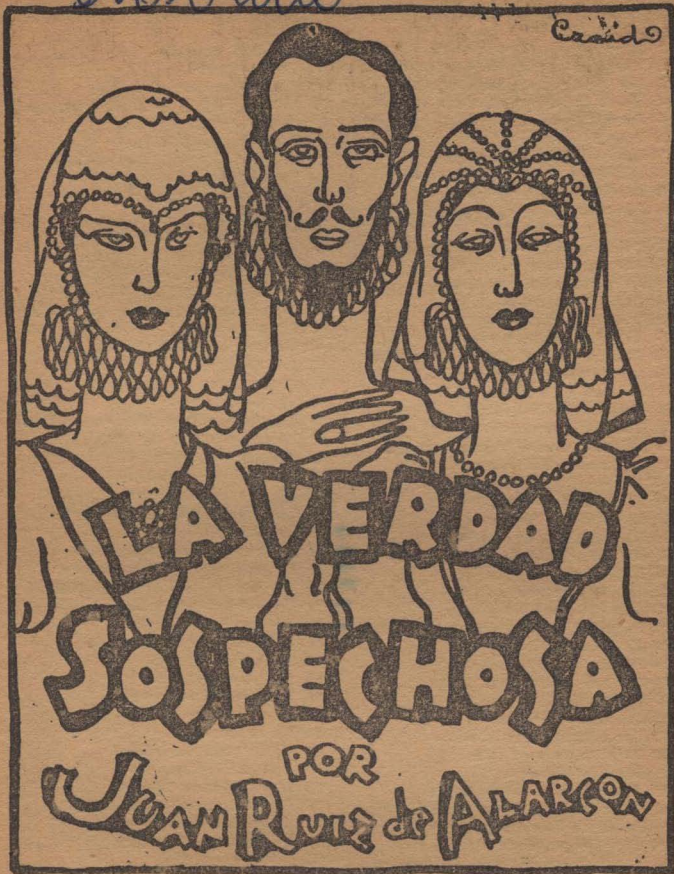




00163249

Morita

Casado



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

BUENOS AIRES

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres | 51 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los príncipes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuerte | 55 El tejedor de Segovia |
| 6 Piel de asno | 56 El príncipe Cododae |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La amiguita de los pájaros |
| 8 Alí Babá y los 40 ladrones | 58 La señorita Scuderi |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constanza |
| 11 El pájaro verde | 61 Nicolás y Nicolásín |
| 12 Pulgarcito | 62 Los rosales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Chacho |
| 14 El rey del río de Oro | 64 Grisélidis |
| 15 Capucita Roja | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del zorro | 67 Genoveva de Brabanta |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas | 68 La Sirenita |
| 19 La princesa picarona | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El patito feo |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del diablo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarías | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del moro | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Apeninos a los Andes | 79 El mensajero de la corona |
| 30 Menique | 80 La camisa del hombre feo |
| 31 El rey Cuervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el país de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga liviana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenioso |
| 40 El pájaro que reía | 90 Los dos rubefiores |
| 41 La Cenicienta | 91 El ladrón de Bagdad |
| 42 Aventuras del rey Beder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fáb.
bulas de Samaniego | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silencioso |
| 45 Gulliver en el país de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorigen | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules | 97 El príncipe impostor |
| 48 Los suecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LA VERDAD SOSPECHOSA

Adaptación de la comedia de JUAN RUIZ DE ALARCON

I

El segundón



LLA, en el siglo XVI, vivía en Madrid un hidalgo llamado don Beltrán, quien tenía dos hijos: don Gabriel y don García.

Como en aquellos tiempos se estilaba, el mayor, o sea don Gabriel, era el heredero de todo el patrimonio, para lo cual se educaba en la corte al lado de su padre, mientras a don García, por su carácter de segundón, se lo mandó a Salamanca a estudiar una ca-

rrera para que con su producto pudiera vivir, ya que no iba a recibir un maravedí a la muerte de su padre, aunque fuera hijo tan digno como el que se lo iba a llevar todo. Y en Salamanca vivía contento y resignado con su suerte.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, ocurrió que el segundón pasó a ser único heredero, pues el primogénito don Gabriel murió en plena juventud.

Llamado a la corte por su padre don Beltrán, don García llegó una tarde desde Salamanca, produciendo en su padre, que hacía años no lo veía, la mejor de las impresiones, pues, a más de ser lo que se dice todo un buen mozo, era bueno, ingenioso, valiente, astuto, piadoso y magnánimo. Su facilidad de palabra era asombrosa, pero, precisamente por serlo, era también su perdición, pues en ella residía su único defecto, que era el de la mentira. Y no lo hacía con mala intención, sino porque se dejaba llevar por su imaginación y ésta corría más que un caballo desbocado. Algo de culpa tenía también la vida que había llevado en Salamanca, donde los estudiantes se complacían en cometer toda clase de travesuras, a costa a veces de personas respetables.

Al notar la falta de su hijo, don Beltrán se afligió mucho, pues era grave defecto en un caballero de aquellos tiempos. Por ello decidió casarlo a toda prisa antes que adquiriera en la corte justa fama de embustero, lo cual le crearía dificultades para encontrar la esposa de buenos merecimientos que le correspondía por su nueva condición.



Dos hermosas damas vestidas lujosamente.

II

Las dos damas

Hacia pocas horas que don García estaba de regreso en la corte y ya se paseaba alegremente con su escudero Tristán. No tardaron en llegar a la calle de las Platerías, llamada así porque allí estaban reunidos los principales comercios de Madrid que vendían plata, oro y alhajas de todas clases. En las últimas horas de la tarde, era aquél el lugar de reunión de las damas de alcurnia y de los caballeros de pro.

No habrían dado don García y su escudero un par de vueltas por el lugar, cuando se paró una carroza en la puerta de la más rica joyería. Los jóvenes se detuvieron y vieron descender del carruaje a dos hermosas damas vestidas lujosamente. Una se llamaba Jacinta, y la otra, Lucrecia, y ambas eran muy simpáticas.

Don García, al ver a la primera, se quedó fuertemente impresionado, pues jamás había reparado en mujer tan bella, tan elegante y tan graciosa. Y así se lo manifestó a Tristán.

Las dos damas entraron en el comercio, y mientras realizaban en él sus compras —que posiblemente no eran tales, sino un simple gusto de ver y revolver joyas de alto precio—, Tristán interrogaba al cochero sobre el nombre de sus amas, y don García aguardaba en la puerta de la joyería a que salieran.

Un buen rato tuvieron que esperar, pues cuando las mujeres están entre oro y pedrería se ol-



Tropezó con don García sin reconocerlo.

vidan del tiempo; pero al fin salieron, y quiso la buena suerte —buena para el joven enamorado— que al ir a subir Jacinta a la carroza tropezara y estuviera a punto de caer. Tendiéndole la mano con mucha gracia, impidió que la bella joven diera con su humanidad sobre el empedrado de la calle.

Ella le dió las gracias, él le dijo que no había de qué y, entre cumplidos y cumplisos, se trenzaron en un galante cambio de atenciones a través del cual don García fué enhebrando un rosario de mentiras, pues no podía salir de unas sino diciéndole otras. Le aseguró que había llegado de América y que las riquezas que allí tenía eran tantas que superaban a las del famoso Potosí.

—Los que se han enriquecido en América tienen fama de avaros —dijo ella.

—Es cierto —replicó él—. Pero el amor hace dadivoso al más tacaño. Por lo tanto, en vuestras manos está alcanzar, si llegáis a amarme, verdaderos mundos de oro.

—Mi corazón no se ablanda con dádivas —exclamó ella haciendo un gracioso mohín—, sino con buenas obras. No lo olvidéis nunca.

Y, dando con esto fin a la conversación, la joven doña Jacinta subió a la carroza, dejando a don García más enamorado que nunca.

III

Error de nombres

Al preguntarle Tristán al cochero el nombre de las damas, éste le había contestado que una era doña Jacinta Pacheco, y la otra, la más hermosa, doña Lucrecia de Luna. Al comunicárselo a don García, considerando que la más hermosa era aquella con la cual él había hablado, dió por seguro que ésta y nadie más que ésta era doña Lucrecia, cuando en realidad, como hemos visto, no era tal sino doña Jacinta.

En eso desembocó en la calle de las Platerías un apuesto joven llamado don Juan de Sosa, que también estaba enamorado de Jacinta.

Al no haber encontrado a la dueña de su corazón, andaba aturdido. Tan aturdido andaba que tropezó con don García, sin reconocerlo siquiera, a

Czando



—Antes de dar el sí —dijo— quiero verlo.



Convino con su amiga Lucrecia...

pesar de haber sido compañeros de estudios en Salamanca.

—¿No me conocéis, don Juan? —le preguntó a gritos García.

—Perdonadme, amigo mío. Es que ando medio loco, pues quisiera saber qué hay de verdadero en ciertos rumores que corren sobre una cena que dió anoche un galán a una dama junto al río. ¿Sabéis algo de eso?

Don García no sabía nada, pues hacía pocas horas que había llegado de Salamanca; pero, dejándose llevar por su exaltada imaginación, contestó en seguida:

—¿Cómo no voy a saber, amigo mío? Esa dama es mi dama, y esa cena es la cena que yo le di.

—¿Fuisteis vos, entonces? —exclamó don Juan, dando un brinco.

—Sí, yo. ¿Lo sentís, acaso?

—No, pero... No me imaginaba que, habiendo llegado apenas de Salamanca, ya anduviérais enamorando a las mujeres de la corte.

—Llegué hace un mes —explicó don García, enredándose en nuevas mentiras—. Pero hasta hoy mi presencia en Madrid ha permanecido en el mayor secreto.

Luego describió la supuesta cena con lujo de detalles, y se expresó de tal manera que despertó los celos del oyente con tanto más motivo cuanto que la dama a que se refería era la de sus sueños. Por eso don Juan, no pudiendo aguantar más, se irguió con gesto ofendido requirió la espada y se alejó sin despedirse siquiera de su amigo.

IV

En busca de novia

Mientras esto ocurría, don Beltrán seguía más y más empeñado en buscar novia para su hijo. Después de pensar un rato largo, y barajar nombres, y recordar antecedentes, llegó a la conclusión de que no había en toda la corte mujer que reuniera tan buenas prendas como la sobrina de don Sancho, un noble anciano amigo suyo. Y esa sobrina no era otra que doña Jacinta, de la cual se había enamorado don García y creía que se llamaba Lucrecia.

Don Sancho aceptó de plano y con verdadero en-

tusiasmo; no así doña Jacinta, que, por ser muy discreta y juiciosa y también por estar algo enamorada del celoso don Juan, no se sentía dispuesta a aceptar a don García sin conocerlo, pues ignoraba que era el que había visto.

—Antes de dar el sí —dijo— quiero verlo sin que él se percate.

Don Beltrán encontró muy atinadas las observaciones de la joven y quedó en que aquella misma tarde pasaría con su hijo por debajo del balcón.

Sin embargo, considerando que esto no era suficiente para decidirla a casarse con el hijo del amigo de su tío, con el fin de convencerse de sus prendas morales, quiso oírlo hablar y saber si era por lo menos tan discreto y gentil como su pretendiente don Juan o el indiano que había conocido el día anterior en la calle de las Platerías.

Y, como quería oírlo sin comprometerse y sin que él se supiera espiado, convino con su amiga Lucrecia en citarlo bajo el balcón de esta última.

V

Los dos billetes

Esa misma tarde don García recibió un billete firmado por Lucrecia, el cual decía así:

“Una razón poderosa me hace ser atrevida. La conoceréis esta noche bajo un balcón que os enseñará el portador de estas líneas”.

Cuando el joven se enteró por el mensajero que le había entregado el billete que la firmante era doña Lucrecia de Luna y que, además de virtuosa



Llegó un paje a su casa con un papel que decía...

y discreta, era heredera de dos mil ducados de renta, creyó morir de contento; pues a todo esto hay que agregar que seguía creyendo que Lucrecia se llamaba la que él había conocido el día anterior, cuando en realidad era Jacinta.

Pero no fué éste el único billete que en aquella ocasión recibió don García, pues apenas se había alejado el mensajero de doña Lucrecia, llegó un paje a su casa con un papel que decía:

“Para averiguar cierta cosa importante, os espero a las siete en San Blas. — Juan de Sosa”.

Por si fueran pocas las dos importantes citas que tenía, su padre le dijo que debía salir a caballo con él aquella misma tarde. El joven no opuso ningún inconveniente y, montados en soberbios alazanes, pasearon por varias calles de Madrid, dando vueltas y más vueltas en una de ellas, que era precisamente aquella donde tenía su morada doña Jacinta.

Es de imaginar la sorpresa que se llevó la joven al ver que el hijo de don Beltrán no era otro que el indiano que había hablado con ella en la calle de las Platerías. En seguida comprendió que no era indiano ni mucho menos, y ante la comprobación de semejante mentira se puso en guardia para defenderse de las otras que posiblemente le endilgaría.

Mientras tanto, don Beltrán le decía a su hijo:

—¿Crees que eres un caballero?

—¿Acaso no soy hijo vuestro?

—Eso no basta. En obrar mal o bien está el ser malo o bueno.

—¿No obro bien?

—No del todo, hijo. Aunque reúnes los bellos



Al oír estas palabras don García palideció.

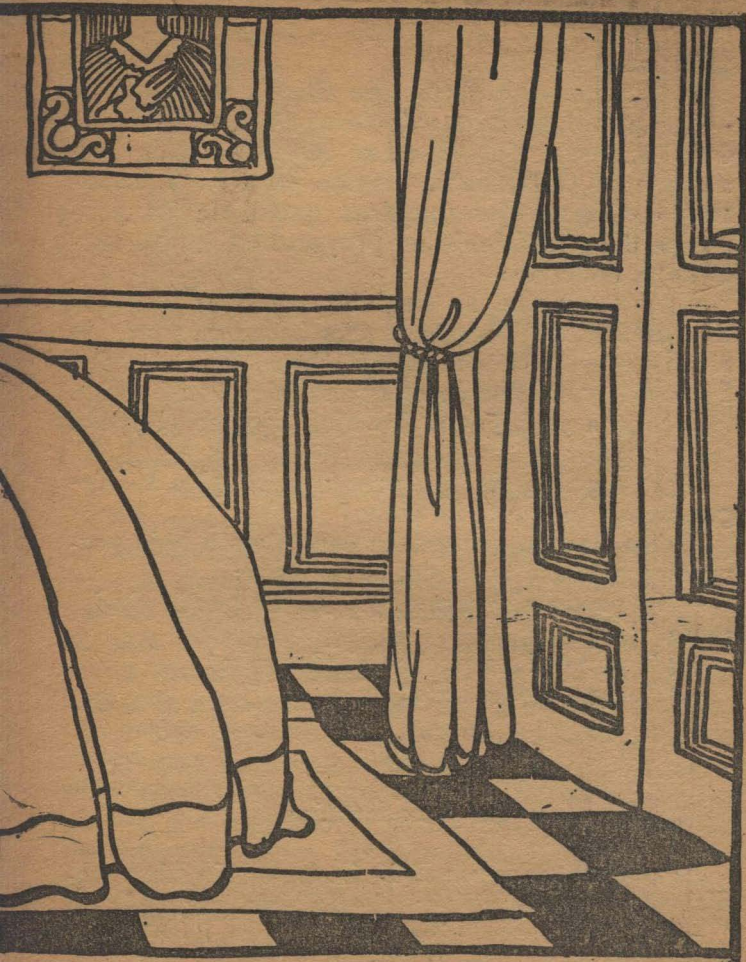
dones de la hidalguía, tus palabras no están de acuerdo con tu alcurnia. Me he enterado que en Salamanca eras famoso por tus mentiras. ¡Ignoras que al más villano se le ofende cuando se le dice que miente?

—Pues miente quien diga que yo miento —dijo García, mintiendo una vez más.

—No, hijo mío, no. Si alguien miente, cuando dicen que mientes, eres tú al desmentirlo. Pero estoy seguro que te corregirás. Debes hacerla. Estás en la corte de un rey perfecto y debes alternar con nobles caballeros que si conocen tu defecto te perderán el respeto. No olvides tampoco que ciñes espada, que eres grande de España y que yo soy



La joven, que le temía mucho al autor de sus días,



gó que me escondiera dentro de un armario.

tu padre. Y para que veas que no es todo rigor en mí para contigo, te diré que te tengo concertado un buen casamiento.

Al oír estas palabras don García palideció. Y es que estaba prendado de veras de la que él creía doña Lucrecia, sin sospechar que ésta era la misma que su padre había elegido para él. Y, mientras imaginaba las mentiras que diría para librarse del matrimonio en proyecto, su padre continuaba diciendo:

—La novia que he elegido para ti es la dama más noble, más discreta y más hermosa. Es nada menos que doña Jacinta Pacheco, hija de don Fernando y sobrina de mi gran amigo don Sancho.

Viendo a su hijo con los ojos fijos en el suelo, le preguntó:

—¿Por qué estás tan preocupado? ¿No te alegra, acaso, lo que te he dicho?

Y don García, que estaba con la vista baja porque tramaba un embuste, le contestó:

—No puedo alegrarme, porque no puedo obedecerlos.

—¿Y por qué no puedes obedecerme?

—¿Porque soy casado!

VI

La gran mentira

Al preguntarle don Beltrán a su hijo cómo podía estar casado sin él saberlo, éste contestó:

—En Salamanca vive un caballero de alta alcurnia llamado don Pedro de Herrera. La hija



La sorpresa que se llevó Jacinta...

de este caballero es la mujer más bella del mundo, y el único reparo que se le puede hacer es de que es pobre. Pero como esto no cuenta cuando se ama de veras, apenas la vi una tarde en su coche quedé prendado de su hermosura. Quise hablarla, y no pude. Le escribí, y no me contestó. Sin poder aguantar más, cierta mañana penetré en su casa para confesarle mi amor, y ella accedió a escucharme. Cuando en tan tierna y honesta plática me hallaba, su padre llamó a la puerta con grandes golpes. La joven, que le temía mucho al autor de sus días, me rogó que me escondiera dentro de un armario. Así lo hice. Entró don Pedro de Herrera y le habló a su hija del casamiento que le tenía preparado con el hijo de la ilustre

casa de Monrois. Iba mi amada a contestarle, cuando el reloj que yo llevaba en el bolsillo empezó a dar las doce. Al oírlo don Pedro le preguntó a su hija de dónde había sacado aquel reloj y dónde lo tenía. Contestó ella que su primo se lo había enviado a componer, por no haber relojero en su pueblo, y al manifestar el padre deseos de verlo, la muchacha se dirigió al armario para tomar mi reloj, pero al sacarlo de mi bolsillo, sus cordones tocaron el gatillo de la pistola que siempre llevo conmigo y salió un tiro. Doña Sancha cayó al suelo desmayada, y don Pedro, creyéndola muerta, empezó a gritar. Acudió mucha gente, y entre ésta, dos hermanos de Sancha, que, creyéndome un malhechor, se dirigieron a mí con ánimo de atacarme. Mi innato valor de caballero me obligó a la defensa y opuse mi pobre estoque a sus espadas, que no tardaron en hacerlo pedazos. En eso la joven volvió en sí y, con increíble fuerza, me arrastró a un cuarto contiguo, cerrando tras los dos. Mis perseguidores derribaron la puerta, y entonces, sin tiempo para consultaros, pues estabais muy lejos, tuve que decir que no era un delincuente sino un enamorado de Sancha cuya mano pedía. Me la dieron y nos casamos.

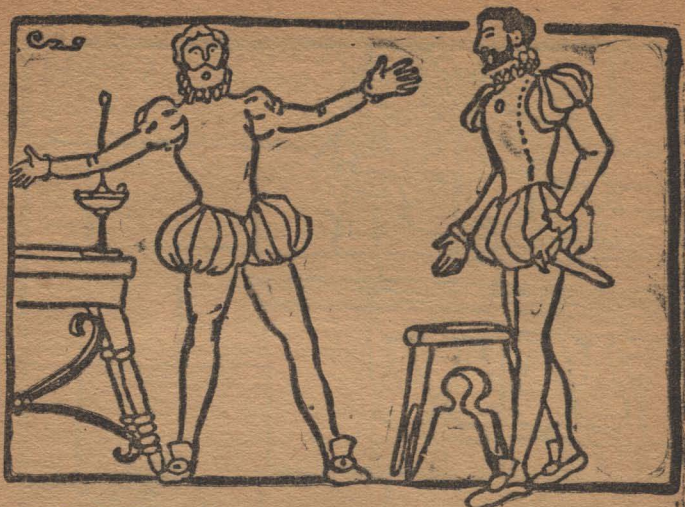
VII

El desafío

Sin sospechar que todo lo contado por su hijo era una sarta de mentiras, don Beltrán le dijo con mal disimulada emoción:



—Sí —contestó Jacinta.



—*¡Quién iba a decirme que ibas a burlarte de mis canas!*

—En verdad, no pudiste obrar de otra manera. Lo único que lamento es que me ocultaras tu estado dejándome empeñar mi palabra con don Sancho y su sobrina. Esta misma noche iré a contárselo todo y a pedirles disculpas.

Es de imaginar la sorpresa que se llevó Jacinta al oír las explicaciones de don Beltrán. De manera que el galán de la calle de las Platerías no era indiano ni era libre... Ante semejante comprobación, su corazón se inclinó nuevamente hacia don Juan, que siempre le había sido leal. A pesar de lo cual no dejaba de interesarle lo que el gran embustero le iría a decir aquella misma noche bajo el balcón de Lucrecia de Luna.

Cuando llegó la hora de la cita, don García se dirigió al lugar indicado por su amigo don Juan de Sosa. Este aguardaba a su rival con gesto retador. Don García, al notarlo, le dijo:

—¿Vuestra cita es un desafío?

—Si tal —contestó don Juan.

—¿Cuál es la causa, ya que siempre hemos sido grandes amigos?

—¿No la sabéis, acaso? ¿Ignoráis que la dama con la cual cenásteis anoche es la dueña de mi amor?

Arrepentido de la mentira que él había creído inocente, le preguntó don García al celoso enamorado:

—¿Cómo se llama vuestra dama?

—Doña Jacinta —contestó don Juan, suspirando.

—Pues no es la misma, ya que la mía atiende por Lucrecia.

Aclaradas así las cosas, el duelo no se llevó a cabo, volviendo a ser don Juan y don García los grandes amigos que siempre habían sido.

VIII

Bajo el balcón

Cuando aquella misma noche el gran embustero se dirigía al balcón donde Jacinta, bajo el nombre de Lucrecia, lo había citado, las dos jóvenes lo esperaban dispuestas a no creer ni media palabra de cuanto dijera. La noche era tan oscura,

que Lucrecia y Jacinta, muy juntas y envueltas en sus mantos, apenas se podían distinguir.

Llegó el caballero bajo el balcón y al ver en éste el bulto que formaban las dos damitas, preguntó en seguida:

—¿Es Lucrecia?

—Sí —contestó Jacinta desde arriba—. ¿Es don García?

—El mismo, que no vive desde que os vió en la calle de la Platería.

Al oír que era a Lucrecia a quien amaba, las dos jóvenes apenas podían contener su indignación. Y como él insistiera en sus expresiones, le dijo Jacinta:

—Ya no puedo deciros lo que pensaba, desde que supe lo que sé. Quería tratar con vos un casamiento importante, pero ya no puede ser, porque sois casado.

—¿Quién ha podido contaros tal mentira?

—¿Mentira? ¿Podríais probar que es mentira?

—Sí. Casándome con vos.

—Es que, según ya es fama en la corte, seríais capaz de casaros con trescientas damas en una sola hora.

—¿Tan poco me creéis?

—Tan poco como merece ser creído quien dijo ser indiano no habiendo salido de España; quien relató la cena con que obsequió a una dama, cuando a aquella hora estaba durmiendo, y, en fin, quien confesó estar casado en Salamanca y ahora jura que no es cierto.

Al ver todos sus enredos descubiertos y temiendo que ellos fueran causa de que lo desdeñara la



Las jóvenes paseaban por el jardín...

joven de la cual estaba cada vez más enamorado, don García decidió desde aquel momento no decir más que la verdad. Y contó a la que él creía Lucrecia todo lo que había ocurrido, pero ni ésta ni su amiga lo creyeron.

IX

En boca del mentiroso...

Eran tantos los enredos en que don García se había metido por culpa de sus mentiras que ya no sabía cómo salir de ellos.

Por un lado, su padre lo apremiaba para que fuera a Salamanca a buscar a su esposa, y por otro lado no encontraba manera de hablar con la supuesta Lucrecia y mucho menos hacer que creyera en sus juramentos. Y como no dejaba de pasear de día y de noche ante la casa de la verdadera Lucrecia, y como a todas horas le mandaba apasionadas cartas, la joven empezó a creer que en efecto estaba enamorado de ella. Y así se lo dijo a Jacinta, que, aunque volvía a sonreírle a don Juan, sostenía que a ella y sólo a ella quería don García, alegando en su favor que éste no había hablado con otra dama en la calle de las Platerías.

Mientras tanto, don Beltrán, cansado de las dilaciones de su hijo, mandó a una persona a Salamanca a averiguar lo que había de cierto sobre su estado. Y esa persona regresó con la noticia de que don García no se había casado nunca y que en aquella ciudad no existía ningún don Pe-



...cuál de las dos era la más linda...

dro de Herrera. Entonces el engañado llamó a su hijo y le habló así:

—¡Quién iba a decirme que llegarías a burlarte de mis canas con tus viles mentiras! ¡Con qué intención fingiste ese matrimonio en Salamanca, que también a mí me ha hecho pasar por embustero! ¡Qué necesidad tenías de ello, si algún amor fué la causa? ¡No sabes que yo sé disculpar esas cosas porque también fui joven!

Al oír estas últimas palabras de su padre, don García levantó la cabeza y con expresión radiante le dijo:

—Entonces, si os acordáis de cuando erais mozo y sabéis por ello disculpar los errores de la juventud, disculpad este mío, que será el último.

Si dije que era casado, fué sólo para que no me obligarais a casarme con doña Jacinta, a quien no quiero. Y si me opuse a vuestra voluntad, fué por haber puesto ya toda la mía a una bella y noble dama: a doña Lucrecia de Luna, que, para concederme su mano, sólo aguarda vuestro consentimiento y que acudáis a desmentir la noticia de que soy casado.

Don Beltrán se resistió a dar este paso, pues temía ser víctima de otro embuste de su hijo. Pero, al fin padre y después de amonestar severamente al mentiroso, le prometió ir a hablar aquella misma noche con don Juan de Luna, padre de Lucrecia.

X

Una dama para dos galanes.

En la casa de don Juan de Luna, padre de Lucrecia estaba de visita don Sancho, el tío y tutor de Jacinta.

Mientras los dos ancianos platicaban amablemente, pues eran viejos amigos, las jóvenes se paseaban por el jardín.

En eso anunciaron la visita de don Juan de Sosa, quien había acudido allí para hablar con don Sancho de un asunto muy importante. Aunque la hora no era la más indicada, como el visitante era un joven de muy bellas prendas, lo hicieron pasar en seguida.

Don Juan, después de saludar al dueño de casa, se dirigió a don Sancho y le dijo:

—Hace más de dos años que estoy enamorado



Sacando un papel que llevaba escondido...

de vuestra sobrina doña Jacinta, tan bella como virtuosa. Y si jamás os hablé de este amor mío ni me acerqué a vos para pedir os su mano, fué porque desde entonces he venido esperando unas credenciales que el rey me debía otorgar. Largo tiempo las he tenido que esperar pues mucho cuesta lo que mucho vale, pero al fin las tengo en mi poder. Aquí están. Por lo tanto, don Sancho, tengo el honor de pedir os la mano de vuestra sobrina.

Como con las credenciales recibidas quedaba el pretendiente convertido en uno de los más encumbrados caballeros de la corte, don Sancho le otorgó la mano de su sobrina, a la que mandó buscar al jardín por dos criados.

Pero no había tenido tiempo la joven de llegar a la sala donde su tío la aguardaba, cuando hicieron su aparición don Beltrán y su hijo don García, que querían hablar con don Juan de Luna sin pérdida de tiempo.

Los cinco caballeros se saludaron cortésmente, y cuando don García supo que don Juan de Sosa acababa de pedir la mano de aquella Jacinta a la que él tanto desdeñara, no pudo menos de abrazar y felicitar a su amigo, sin sospechar que aquella mujer y la que él quería, aunque en la creencia de que se llamaba Lucrecia, eran la misma.

Inmediatamente don Beltrán, después de disculpar a su hijo los pasados embustes, y desmentir que fuera hombre casado, pidió para él la mano de Lucrecia. El padre de la joven correspondió complacido a la petición.

Como las dos damitas se estaban retrasando, salieron otra vez los criados en su busca. Cuando



La encontró tan hermosa en su indignación...

aparecieron en el salón no podía decirse cuál de las dos era más linda.

Y ocurrió entonces lo que nadie pensaba: los dos jóvenes se dirigieron sin vacilar y al mismo tiempo a una sola dama: doña Jacinta. Sorprendido, don Juan detuvo a su amigo, y le dijo:

—¿Dónde vais?... ¿Acaso no veis allí a Lucrecia, vuestra hermosa novia?

—¿Cómo, Lucrecia? —exclamó García—. Lucrecia es ésta —y señaló a Jacinta.

—No. Esta es Jacinta.

—Pues yo a la que amo es a ésta.

Los tres ancianos, y sobre todo don Beltrán, que imaginaba todo aquello consecuencia de una nueva mentira de su hijo, se desesperaban.

Don García insistía en que la que él quería era Jacinta. Entonces Lucrecia, sacando un papel que llevaba escondido en el corpiño, le dijo:

—¡Cómo podéis desmentir lo que en este papel, de vuestro puño y letra, me jurabais?

Y leyó la carta en voz alta.

—¡Es una vergüenza! —vociferó don Beltrán, dirigiéndose a su hijo—. Pero ya no aguanto más. O recibes por esposa a Lucrecia, o te mató.

Don García, viendo que no tenía escapatoria, lanzó una mirada a la verdadera Lucrecia y la encontró tan hermosa en su indignación, que no le pesó el error en que había incurrido.

Allí mismo quedaron prometidos y meses después se celebraban las dos bodas juntas.

Y dicen que don García, para que la verdad no volviera a resultar sospechosa en sus labios, no volvió a pronunciar una sola mentira.





CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA
81